

La soledad

Colección
EMOCIONES, AFECTOS Y SENTIMIENTOS

Coordinador
Ramón Rodríguez García



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

La soledad

Enrique Anrubia



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

© Enrique Anrubia Aparici

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34 - 28015 Madrid
Teléf.: 91 593 20 98
<http://www.sintesis.com>

Depósito Legal: M. 20.261-2018
ISBN: 978-84-9171-201-5

Impreso en España - Printed in Spain

Índice

Prólogo	7
1. Pero ¿dónde se ha ido todo el mundo? A modo de introducción.....	11
2. Demografía de la soledad.....	19

Ayer

3. Pelvis, tumbas y sedes de la compañía.....	31
4. La risa de nuestros padres.....	37
5. Exceso y monstruosidad de la soledad.....	43
6. El mundo desde un desierto.....	51
7. El destierro de la soledad.....	57
8. Palabras en silencio.....	63
9. Un nueva imagen para tiempos nuevos....	71
10. Profundidad: la soledad tras un pasillo....	77
11. Costumbre: la soledad tras la apariencia. ..	83
12. Los besos lo cambian todo.....	91
13. <i>Solitude humanitas</i>	97
14. Los paraísos perdidos de la soledad.....	103
15. Un filósofo y un naufrago no salen de casa (ni falta que hace).....	109
16. El nuevo Polifemo.....	115
17. Nietzsche, Marx y los Juegos Olímpicos de París.....	125

Hoy

18. La tecnología bélica de la soledad	135
19. No estamos solos: ciencia, ficción y ciencia-ficción.....	141
20. Lo casi humano como compañía.....	149
21. Soledad 3.0: invisibilidad y diferencia	157
22. Conectividad y autosuficiencia.....	167
23. La vida enlatada	175
24. La indiferencia construida.....	185
25. Distancia (-rse)	193
26. Ludopatía laboral	201
27. Dentro de ti.....	209
28. Clínica de la soledad: aburrimiento, estrés y depresión	219
29. La sociedad del “estar bien”	227

Quizás

30. No te abandonaré, o sí, o ya veremos	241
31. La soledad de un sistema y las gallinas	251
32. Si estás perdido, abraza un árbol.....	259

Bibliografía.....	267
-------------------	-----

3.

Pelvis, tumbas y sedes de la compañía

Certificar la soledad como estado de desgracia humana o bien como fuente de autonomía propia no hace total justicia a lo que somos. Si bien paraliza la soledad el hecho de que todo ser humano sea hijo de alguien, al menos como idea primigenia en la cronología del ser humano, cabe subrayar que la familiaridad humana no se distingue de la de otros animales porque la primera sede de la vida humana sea el vientre materno y, por tanto, la compañía, es decir, por ser estrictamente un mamífero, sino por la señalada forma de familiaridad biológica que nos especifica entre otros animales.

Esa familiaridad específicamente humana se puede rastrear con un enfoque paleoantropológico en el proceso de hominización del *sapiens*. Parece de común acuerdo que dentro del relato evolutivo del *sapiens* (y sin entrar en una teoría evolutiva propiamente dicha), el cambio más significativo fue el rápido crecimiento del tamaño de la oquedad craneoencefálica, que aumentó bajo este supuesto en casi un kilogramo de materia gris en un espacio de tiempo relativamente corto respecto al común de los cambios evolutivos de cualquier otra especie. La viabilidad locomotora de un animal que se encuentra con un kilogramo de más en el cráneo obligó, según formulan los paleoantropólogos, a desviar su centro de gravedad para poder desplazarse y no, dicho en términos coloquiales, caerse de morros, alineándolo de forma simétrica y vertical con la posición craneal, es decir, poniéndose recto. La proporcionalidad funcional de esta simetría es lo que se ha llamado bipedación: no es simplemente que el *sapiens* se pusiera de pie, sino que al ponerse de pie liberó las extremidades superiores y esto originó otro tipo de cambios morfoanatómicos. De hecho, esa es una de las características propias de las “adorables” crías humanas. A los niños, pese a no tener aún totalmente formado ni el cráneo ni el cerebro, les pesa demasiado la cabeza y se caen de forma constante hacia delante hasta que son capaces de desarrollar la musculatura suficiente y el reajuste del equilibrio del centro de gravedad propio del bípedo, lo cual hace que, en ese momento, haya que perseguirlos por todas partes para que no se escapen.

Ahora bien, la liberación de las extremidades superiores, la aparición del cuello, el cambio de la cresta sagital y las

protuberancias supraorbitales, la reubicación mandibular y la diferenciación de las piezas dentales son cambios morfoanatómicos rastreables del tronco superior, pero el crecimiento de la masa craneoencefálica y la bipedación originaron un cambio en la pelvis nunca visto hasta entonces. El reajuste del sacro, del fémur, y la nueva funcionalidad muscular de los glúteos obligaron a la pelvis a desplazarse en su localización esqueleto-estructural para hacer exitosa la movilidad básica, pero también generaron el desplazamiento del útero y del canal del parto, lo que provocó una inesperada necesidad de ayuda por parte de los semejantes para la viabilidad del nacimiento.

La cría humana no solo debe atravesar un canal del parto singularmente angosto para su tamaño de cerebro y volumen en general, sino que ha de girarse en el momento más comprometido de su travesía y superar la pérdida de alineamiento entre la vagina y el útero, que en el caso de la mujer forman un ángulo inexistente en el resto de hembras de homínidos.

En consecuencia, la hembra del *sapiens* no solo tiene un parto inusualmente doloroso y traumático, sino que tiene graves dificultades para dar a luz mediante sus contracciones y no puede ayudarse tirando de la cría por sí misma, tal y como hacen la mayor parte de los grandes homínidos. En semejantes circunstancias tanto la vida de la madre como de la cría pueden verse comprometidas [...] La solución ha consistido en que un tercer o terceros miembros de la especie no comprometidos vitalmente en el proceso físico del parto, pero de algún modo vinculados a la suerte de la madre y la cría, las asistan durante el trance del parto (Marín, 2013: 23).

La peculiaridad del *sapiens* reside en que su sociabilidad no proviene únicamente del lazo maternofilial, sino de la vía asistencial y social de la propia madre. Dar a luz requiere de su compañía, no solo por el vínculo entre la madre y el nacido, sino por los vínculos previos de la madre misma. Y he

ahí su peculiar especificidad: nacer en el *sapiens* no es únicamente nacer en el seno materno, sino que la maternidad misma requiere compañía, es decir, que es el seno materno el que es de suyo social. No hay filiación sin seno materno, pero este no sería viable sin una compañía anterior que diese forma a la maternidad misma.

Esta historia paleoantropológica podría ser un dato meramente descriptivo si no fuera porque especifica el parto de la hembra *Homo sapiens* al requerir asistencia para su viabilidad. Es decir, no es que la compañía y la sociabilidad provengan de la maternidad, cosa que además no está garantizada en todos los mamíferos, sino que lo específico es que, en sí misma, la propia maternidad del *sapiens* es social y que, además, la constitución de dicha compañía contrae el formato de la asistencialidad necesaria. No es el retoño el que no nace solo, es que la madre tampoco lo está. Su pelvis se ha contraído de tal modo que requiere colaboración externa para una garantía de éxito en el parto.

Casi todos los mamíferos superiores viven el ritual del parto en soledad, apartados del grupo. En el *sapiens*, en cambio, el grupo es el que permite el parto. La pregunta no es si Adán ayudó a Eva en el parto, desde luego tenía la obligación de estar allí.

La sociabilidad del parto hace converger los procesos de hominización y humanización bajo el modo de una subsidiariedad mutua que permite la supervivencia del grupo. Pero la supervivencia colaborativa, si bien no en el parto, es también propia de otros mamíferos. Lo que los paleoantropólogos sugieren es que en el *sapiens*, además de esa atención embrionaria, también está presente el cuidado del fallecimiento: el enterramiento de los difuntos (Marín, 2013: 30). La disposición del muerto, la elección del lugar en el que se entierra, el acompañamiento de utensilios, ornamentación, ajuares, etc., son los sedimentos paleolíticos que muestran que enterrar no es estrictamente el ocultamiento del cadáver, sino la señalización visible de la muerte misma, es decir, darle sepultura a un muerto como signo que pueda ser perceptible para los propios vivos.

Hacer visible al muerto tras su muerte es tanto como proclamar el enterramiento como acto social para los que

le sobreviven (Marín, 2010: 106). Enterrar implica darle al muerto la consistencia cultural suficiente en la que se genera un vínculo con los vivos. Si las tumbas son la visibilización del muerto, entonces los enterramientos, lejos de ser lugares de soledad, son los territorios en los que se dan reunión los vivos y sus difuntos. Por eso, no parece extraño que la reunión se dé también entre los propios muertos y que se hayan hallado enterramientos conjuntos, como el de Grimaldi, donde una madre yace con su hijo. Los enterramientos son comunes no porque sean fosas, esto es, agujeros que ocultan y tapan para homogeneizar los huesos y la tierra que los tapa, sino porque generan una comunidad que trasciende lo empírico. Así, ser enterrado es poder incorporar el cadáver bajo la forma de tumba. No hay compañía de vivos sin tumba de sus muertos.

Si nacer es tener compañía, morir es también estar acompañado, aunque de otra forma. No es solo que los vivos entierren a los muertos, sino que los entierran juntos y en el mismo lugar. Los panteones o nichos familiares son la evolución natural de aquellos enterramientos prehistóricos. La sociabilidad no solo está entre vivos y muertos, sino en la idea de una humanidad mortal. Cuando los griegos se definían a sí mismos como “nosotros, los mortales”, además de describirse como seres conscientes de la precariedad de la vida, lo hacían desde el mejor modo que puede entenderse la muerte: la primera persona del plural, nosotros.

Si nacemos y morimos en compañía, o al menos eso es lo que los paleoantropólogos nos cuentan, solo cabe suponer que la soledad es todo aquello que está entre el nacimiento y la muerte, lo que está en el centro de la madurez y que descarta la soledad como un problema propiamente físico.